

Secreta Comunión

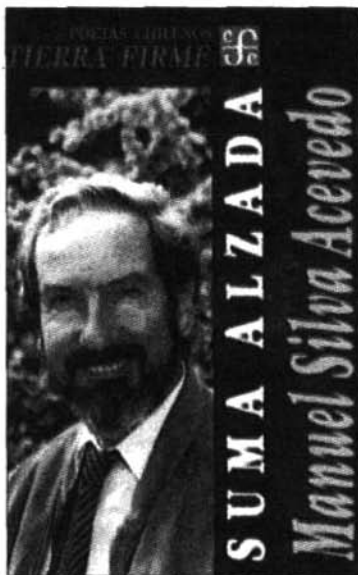
Suma Alzada

Manuel Silva Acevedo. Editorial Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1998, 274 páginas.

por Bruno Cuneo

CUENTA Virgilio en la *Eneida* que la gracia singular de la sibila, que en Cumas oficiaba de agorera, consistía en escribir sus oráculos en hojas que luego arrojaba al viento. Nada es más instructiva que esta imagen para caracterizar el esfuerzo que recorre el trabajo poético. Pues, así como el designio de la sibila no se da a conocer de una sola vez, así al poeta que alguna vez ha ido al fondo de sí mismo en busca de su propio oráculo, sólo en fragmentos le será revelado su misterio. Cada uno de esos fragmentos son las hojas de sus muchos libros, que, a su vez, son pequeños trozos ensamblados. Condenado desde un comienzo a la búsqueda incesante, a transcribir y reunir, cada día y cada año, los fragmentos hallados de su secreto poético, pronto comprende que tan sólo muy tarde advendrá la *antología* que redima en su pleno decir cada uno de sus intentos. Y por una curiosa paradoja, que sólo al final descubre con espanto el valor poético, el oráculo, cuya revelación es esa preciada antología, no dirá más de lo que ya ha dicho en cada uno de esos intentos. Vuélvese entonces el poeta sobre su obra y en el aura de cada libro descubre el deshojado secreto de sí mismo:

Lo cierto es que Manuel Silva Acevedo ha logrado publicar hace ya varios meses una extensa antología de sus obras. En más de treinta años de escritura publicada (1967-1998) este inquieto autor ha recorrido múltiples caminos. Y de ello brota la conclusiva evidencia de la versatilidad de su poesía, que en cada etapa busca un nuevo cuerpo y en el cuerpo hallado se deshacía: "No sé qué busco. / No sé dónde buscarlo. / No



encuentro lo que busco, / pero sigo buscando." (Sigo). Unas veces es el cuerpo erótico (*Monte de Venus*, 1979), otras el onírico (*Desandar lo andado*, 1998) y otras tantas la *facies hipocrática* de la calavera emblemática (*Mester de Bastardía*, 1977; *Palos de ciego*, 1986). Al final se impone siempre el desasosiego, al que tampoco le ha sido dada la ventura de solazarse en el cuerpo místico del "país inocente" que buscaba Ungaretti (cfr. *Bajo dictadura*).

La poesía de Silva Acevedo tiene una predisposición a la metamorfosis y ello le viene quizá de su alma zoológica con la que tantas veces

busca expresarse. Si recurre al animal o a la propopeya, y en su poesía hay una fauna más vasta que la de Esopo, no es sólo para señalar la estulticia humana o lo que falta a su inteligencia y sobra al animal, sino ante todo para hacerse hablar en otro cuerpo, en un gesto que señala la tendencia natural de la palabra a hacerse "símbolo" o significar en la comunión con otro cuerpo privado por sí mismo de voz. El cuerpo animal es uno de ellos, pero también lo es el cuerpo femenino, que según Benjamín es albacea del silencio; lo es también el cuerpo onírico, que precisa siempre ser contado; y sobre todo lo es la ahuecada faz de la muerte, en cuyo rigor todo se ha callado. El único que no calla aquí es el poeta y por su decir hablan todos los cuerpos, pues, y hay que decirlo, Silva Acevedo no trata más que con cuerpos: "Todo lo que pido es un lugar en la tierra / el cielo está ocupado". (*Canto rodado*, 1995). Aun así, los últimos poemas de este autor parecen querer establecer un diálogo místico, una secreta comunión con el Cuerpo de Cristo. Pero aunque apostillen pasajes o escenas bíblicas o emulen en profana lengua la plegaria, en esta última y arriesgada metamorfosis, es siempre el misterio de la criatura lo que fulge en sus poemas. Sea Job o la experiencia del desierto, que es el arquetipo de la errancia del pueblo judío, de lado a lado es una vez más la lucha contra el silencio del caído. Después de todo, hace ya mucho que el poeta escribió que "el infierno es la estación más larga de la vida".

Fruto de un largo e intenso trabajo poético, cuyo reconocimiento acumula ya muchos escritos y tributos, Manuel Silva Acevedo ha logrado con *Suma alzada* cumplir con las tortuosas exigencias del designio de su sibila. Después de eso su "humorada" puede mover de una buena vez a la risa σ , en un tono algo más que sombrío, repetir con Eliot: "Estos fragmentos he acumulado sobre mi tumba".